

Los pliegues en la experiencia urbana de la segregación socio-espacial. Análisis comparativo de dos etnografías urbanas

Ramiro Segura

Introducción

A partir del análisis comparativo de dos espacios segregados socio-espacialmente, el presente artículo tiene por objetivo delinear dos conjuntos de operaciones complementarias y constitutivas de los modos de simbolizar y habitar el espacio urbano. Por un lado, un conjunto de operaciones de marcación de límites y umbrales que separan y aíslan ámbitos y prácticas, al distinguir, según los casos, entre adentro y afuera, interior y exterior, público y privado, nosotros y otros. Por otro lado, un conjunto de operaciones que se dirigen en sentido opuesto, y que establecen puentes y pasajes, vasos comunicantes, entre tales ámbitos separados y diferenciados.

Dos trabajos de campo etnográfico en contextos urbanos son el punto de partida de las reflexiones que aquí se proponen. Durante el año 2005 realicé trabajo de campo en La Cárcova, barrio ubicado en el límite norte del partido de San Martín, en el conurbano bonaerense, investigando la experiencia social de la segregación espacial (Segura, 2006; 2009a). Posteriormente, en un trabajo de campo de más largo alcance vinculado con mi tesis de doctorado (Segura, 2010a), realicé trabajo de campo entre los años 2007 y 2009 en un sector de la periferia urbana de la ciudad de La Plata. El diálogo entre los resultados obtenidos en ambas investigaciones permitió identificar los dos operaciones y, a través de ellas, señalar matices y diferencias en la experiencia urbana de ambos espacios. En la base de nuestra preocupación se encuentra el conocido ensayo de

Georg Simmel, *Puente y puerta*. En este maravilloso texto leemos que “sólo al hombre le es dado, frente a la naturaleza, el ligar y el desatar” y que ambas actividades se presuponen e implican mutuamente. El camino y el puente comunican dos lugares que previamente debieron ser percibidos como separados; la puerta, por su parte, comunica y a la vez separa la finitud del mundo privado –producto él mismo de una operación de marcación y separación, de la instauración de una discontinuidad en el espacio– con la infinitud del espacio público. Por esto, “en un sentido tanto inmediato como simbólico, tanto corporal como espiritual, somos a cada instante aquellos que separan lo ligado o ligan lo separado” (Simmel, 2001: 45-46).

En esta dirección, creemos que una vía útil para conocer y caracterizar los modos de vida urbana contemporáneos (necesariamente diversos debido a las diferencias socioeconómicas, residenciales y de género, entre otras) consiste en analizar las maneras en que los actores sociales distinguen y a la vez vinculan el adentro y el afuera, el interior y el exterior, lo público y lo privado, la mismidad y la otredad, y esto supone identificar tanto los límites y los umbrales (operaciones de separación de ámbitos y prácticas) como los puentes y pasajes (operaciones de conjunción de tales ámbitos y prácticas disímiles). Con fines analíticos pensamos en un conjunto de metáforas urbanas (Silva, 2000) que se expresan en oposiciones como cerca-lejos, adentro-afuera, público-privado e interior-exterior, y a la experiencia urbana como el modo de vincular, no sin tensiones y contradicciones, y de manera cambiante según los actores sociales involucrados, los contextos y las situaciones, de tales oposiciones. La experiencia urbana, entonces, como ‘pliegue’ cuyas posibilidades extremas son el ‘despliegue’ o el ‘repliegue’ (Mongin, 2006) en el espacio.

El artículo se compone de tres partes principales. Siguiendo la estrategia comparativa de distintas ‘situaciones periféricas’ (De Almeida, D’Andrea y De Lucca, 2008), en cada una de las secciones de este artículo se abordan simultáneamente la periferia platense y el barrio del conurbano, en un contrapunto que busca iluminar convergencias como divergencias entre los casos. La primera parte se detiene en una caracterización de los espacios estudiados. Una vez presentados los campos donde se practicó

etnografía, la segunda parte se aboca a las formas de simbolizar el espacio en dos escalas espaciales: las configuraciones socio-espaciales a escala de la ciudad que sitúan espacial y socialmente cada uno de los espacios residenciales analizados y las topografías socio-espaciales de cada uno ellos. Posteriormente, la tercera parte analiza las lógicas de circulación y las formas de significar los desplazamientos por parte de los residentes de cada uno de los espacios segregados. Cierra el artículo una puesta en diálogo de los resultados obtenidos en el ejercicio comparativo, y lo que el mismo nos permite vislumbrar sobre la experiencia urbana de la segregación.

Los espacios urbanos analizados

Si bien es factible caracterizar a ambos espacios como productos de procesos de segregación espacial de carácter predominantemente socio-económico, la localización, la historia y las características del entorno urbano en el cual se insertan cada uno de los espacios estudiados, son clave para identificar matices, especificidades y diferencias en la experiencia urbana de la segregación socio-espacial. Por esto, en primer lugar, brindaremos una breve caracterización de los espacios urbanos donde desarrollamos la investigación: la periferia de una ciudad planificada y un barrio segregado en el conurbano bonaerense.

La periferia de una ciudad planificada

La Plata fue fundada el 19 de noviembre de 1882, como nueva capital de la provincia de Buenos Aires. Una de sus características distintivas es la de tratarse de una *ciudad planificada*. El formalismo, expresado en las preocupaciones por la geometría y la simetría, es la característica fundamental del trazado fundacional. El diseño original de la ciudad consiste en un cuadrado de 40 por 40 manzanas, claramente delimitado por una avenida de circunvalación de 100 metros de ancho. Al interior del cuadrado predomina la disposición en cuadrícula, una geométrica trama ortogonal con

avenidas cada seis cuadras, en cuya intersección se encuentran espacios verdes (plazas y parques) equidistantes. Dos diagonales principales y otras seis secundarias procuran dar agilidad a la circulación por el cuadrado y conectan el centro de la ciudad con la periferia. Un eje monumental que corre a lo largo de las avenidas 51 y 53 divide simétricamente al cuadrado fundacional. Este eje, perpendicular al río de La Plata, además de distinguir los espacios públicos de los privados, conecta simbólicamente el puerto con la pampa, cuya mediación es la ciudad misma.

Orden y equilibrio son las dos ideas que se traducen en el trazado fundacional: la ciudad como “una máquina urbana, en la que no se puede agregar ni sacar un engranaje” (Garnier, 1992a: 102). Preocupación por la circulación (avenidas y diagonales), por lograr un equilibrio entre el espacio construido y el espacio verde (espacios verdes equidistantes; avenidas y boulevares con ramblas arboladas), por diferenciar claramente espacios públicos de espacios privados (eje monumental que divide en dos partes simétricas al trazado fundacional), por separar lo urbano de lo rural (avenida de circunvalación). Sin embargo, distintos factores como el crecimiento poblacional, la suburbanización periférica, la edificación en altura debida a una insuficiente legislación y a la especulación inmobiliaria y la progresiva conurbación con Buenos Aires han transformado la fisonomía de la ciudad. Por esto, actualmente es posible identificar dos espacios urbanos contrastantes, separados por la ancha avenida de circunvalación. El contraste no es únicamente poblacional –menos de 200 000 habitantes en el trazado fundacional, más de 400 000 en la periferia– sino también urbanístico, administrativo y socioeconómico.

El Centro Comunal Altos de San Lorenzo –lugar donde se desarrolló la investigación– se encuentra emplazado al sudeste del casco fundacional de La Plata y cuenta con 40 000 habitantes. Se trata del sector de un periferia urbana consolidado de manera tardía y que está localizado en el extremo opuesto al sector con mayor desarrollo de la ciudad, representado por el eje Buenos Aires-La Plata, donde hay enclaves de clases medias y medias altas. Su posición singular respecto a la ciudad, hace que el centro comunal se encuentre marginado de las mayores inversiones urbanas y de las principales vías de comunicación. En este sentido, los índices socioeconómicos

para el conjunto del centro comunal muestran un panorama no sólo peor que el del casco fundacional, sino también por debajo del promedio del partido. Si tomamos como indicador las Necesidades Básicas Insatisfechas (NBI), las mismas están presentes en el 22,5 % de la población de Altos de San Lorenzo, mientras que esa cifra desciende a 12,8 % para el promedio del partido y a sólo 2,1 % de la población del casco.

Un barrio segregado en el conurbano

La Cárcova es un barrio que se encuentra a 15 cuadras de la estación de trenes de la localidad de José León Suárez, en el partido de General San Martín, dentro del primer cordón del conurbano bonaerense. Aunque no existen datos precisos, se calcula que allí viven alrededor de 11 000 personas, que subsisten a través de una combinación de planes sociales, (intermitente) ayuda social del Estado y por lo obtenido en tareas de cartoneo y reciclaje (ya sea en Buenos Aires o en el cinturón ecológico del CEAMSE¹) y/o trabajos ocasionales, predominantemente en el sector informal².

El barrio se fue poblando lentamente en sucesivas oleadas de pequeños grupos de familias, desde finales de la década de 1970 hasta la actualidad, momento en el que continúa su expansión. El espacio ocupado por el barrio corresponde a parte de la planicie de inundación del río Reconquista, una zona baja que durante mucho tiempo fue un basural. Dicha zona es adyacente al loteo cuadrangular que data de 1932 (año en que el ferrocarril llegó a Suárez), que encontró en tal accidente geográfico el límite para su prolongación. Así, la irregularidad de la llanura funcionó como límite de la

1 Coordinación Ecológica Área Metropolitana Sociedad del Estado (CEAMSE) realiza desde fines de la década de 1970 la gestión de los residuos sólidos urbanos del Área Metropolitana de Buenos Aires (AMBA) mediante la aplicación del método de relleno sanitario. Uno de ellos es el Norte III, ubicado en José León Suárez, que recibe 310 000 toneladas de basura al mes.

2 Los datos del censo no nos ayudan a conocer las características de la población del barrio, ya que se encuentra incluido en una fracción censal junto a otros barrios que presentan mejores condiciones socioeconómicas. De todas maneras, a los efectos de tener un panorama del conjunto, el censo arroja los siguientes datos: el 23% de la población presenta Necesidades Básicas Insatisfechas (NBI), el 22,5% se encuentra desocupada, más del 60% de la población carece de cobertura de salud y el 95% de la población tiene menos de 14 años de instrucción.

cuadrícula. El establecimiento del barrio más allá de la cuadrícula, a partir del punto donde el terreno sufre un abrupto declive, transformó a dicho accidente geográfico, antiguamente obstáculo para la prolongación de la cuadrícula, en frontera que separa dos ámbitos urbanos.

A diferencia de los escasos datos que poseemos sobre su población y su historia, el barrio ha adquirido una notoria visibilidad pública en los últimos años debido a dos razones. Por un lado, los *secuestros*, ya que en el momento de mayor notoriedad pública de este tipo de casos, el barrio era señalado de manera recurrente en la sección policiales de la prensa gráfica nacional como uno de los lugares clave para explicar el funcionamiento de las bandas de secuestradores. Por otro lado, *el cartoneo*, pues con posterioridad a la crisis de 2001, la existencia –y expansión– de este tipo de prácticas entre los sectores más afectados, fue un tema privilegiado por la opinión pública y tanto el *tren blanco* –que todos los días alrededor de las 18 horas transportaba a los cartoneros desde José León Suárez a la Capital para juntar cartones, vidrio, metales, comida y retornar a Suárez cerca de la medianoche– como el *basural del CEAMSE* –lugar al que habitantes de La Cárcova y otros barrios concurren diariamente a rescatar aquello que aún es utilizable–, fueron tomados por los medios como metáforas condensadoras de la magnitud de la crisis económica y social de la Argentina.

Marcaciones, límites, separaciones

Desde hace mucho tiempo, la antropología ha mostrado que el espacio humano no es un espacio natural. Por el contrario, se trata de un espacio apropiado, simbolizado, producido socialmente. En esta dirección, Durkheim y Mauss (1996) sostuvieron tempranamente la hipótesis de que las clasificaciones espaciales y temporales, lejos de ser un a priori kantiano o una cualidad innata anclada en la biología humana (interpretaciones dominantes a fines del siglo XIX), se encontraban estrechamente conectadas con la organización social. Y, desde una perspectiva diferente, Malinowski consideró al espacio y al tiempo como componentes esenciales del ‘contexto de la cultura’ (Kuper, 2003: 249). Por esto, en términos generales, par-

timos aquí de asumir que el espacio (y también el tiempo) es un producto social, resultado de las prácticas y procesos materiales vinculados con la reproducción de la vida social (Harvey, 1998), que constituye un marco relevante para la experiencia condicional (Bourdieu, 2007) y que, a la vez, es susceptible de ser transformado por estas.

Sabemos que el espacio de nuestras ciudades no es homogéneo, indiferenciado y continuo: ni las residencias ni la infraestructura urbana se encuentran distribuidas de manera uniforme, como tampoco son constantes ni equivalentes los valores, los significados y los sentimientos con los que se asocia a las distintas zonas de una ciudad y a sus habitantes. El espacio urbano se encuentra marcado, dividido, simbolizado, jerarquizado, donde cada categoría espacial adquiere sentido sólo en relación con las demás. De este manera, al igual que la lógica segmentaria propuesta por Evans-Pritchard (1997) para el caso de los Nuer, “la simbolización del espacio se da en distintos niveles: se aplica a la casa, a conjuntos de casas, a reglas de residencia, a divisiones del poblado (en barrios, en zonas profanas y sagradas), al terruño, al territorio, a la frontera entre espacio culturalizado y naturaleza salvaje. Si construye una identidad relativa, lo hace siempre por oposición a una alteridad externa y en función de una alteridad interna” (Augé, 1995: 100).

De la pluralidad de escalas en las que se despliega este proceso de simbolización, nos detendremos aquí en dos escalas que son relevantes desde el punto de vista nativo para comprender la experiencia de la segregación: la ciudad y el barrio. Primero describimos la imaginación geográfica (Harvey, 2007) dominante en la ciudad de La Plata que contrapone el adentro y el afuera de la ciudad, luego delineamos la topografía socio-espacial de La Cárcova y, por último, nos acercamos a la topografía de la periferia (la topografía del afuera) en la ciudad de La Plata.

La Plata: el adentro y el afuera de una ciudad

“No hay nunca diseño físico que tenga un significado perenne –escribió Richard Sennett–. Como cualquier otro diseño, las cuadrículas se convierten en lo que cada sociedad quiere que represente” (1990: 282) Así,

mientras los romanos establecían un centro, producto de la intersección de los dos ejes o calles principales y un límite o perímetro amurallado, y crecía entonces la ciudad dentro de sus límites, desde el centro hacia el perímetro amurallado, la cuadrícula moderna (cuyo modelo es la ciudad norteamericana) no tiene límites y se extiende por acumulación de bloques a medida que crece la ciudad. Quizás podríamos decir que la estructura urbana de La Plata actual es una síntesis *sui generis* (o, mejor, un *bricolage*³) entre ambos modelos opuestos. De hecho, *El cuadrado roto* es el nombre que Garnier (1992a) dio a su libro sobre la ciudad, donde sostuvo que “el plano fundacional de La Plata contiene una estructura simbólica muy marcada, pero ese sentido simbólico fue apropiado sólo en una forma muy parcial por los habitantes”, es decir, existe “un desfase entre lo simbólico proyectado y la realidad percibida” (Garnier, 1992b: 21).

La pregunta por la significación de la ciudad y de sus espacios, es decir, la pregunta por una de las dimensiones fundamentales de la experiencia urbana que es la ciudad, como objeto de representación, nos remite al problema de *la ciudad como texto*. Analogía problemática porque, en primer lugar, si la ciudad es un texto, se trata de un texto constantemente reescrito, con supresiones, notas a pie de página, agregados, un texto en perpetua modificación, un texto compuesto por fragmentos de múltiples tiempos, un palimpsesto. Y en segundo lugar, analogía problemática porque no sólo el texto cambia, sino que –incluso manteniéndose inalterable– el texto posibilita múltiples –si no infinitas– lecturas, tanto en la dimensión sincrónica –distintas lecturas, algunas antagónicas, coexistentes– como en la dimensión diacrónica –lecturas sucesivas, cambiantes.

Como sabemos, el signo se basa en un significado codificado que un determinado contexto cultural atribuye a un significante. Así, la perspectiva semiótica, con su distinción entre significantes y significados, aquellos que pueden ser observados y descritos prescindiendo en principio de los significados que podemos atribuirles, y estos variando según los códigos con los cuales leemos los significantes, nos permite reconocer en los signos arquitectónicos y urbanísticos unos significantes descriptibles y catalogables,

3 En el sentido que Lévi-Strauss le atribuye a esta práctica: “arreglárselas con lo que uno tenga” (1997: 36).

que pueden revestir significados sucesivos. De este modo, podemos pensar el espacio construido como *formas significantes* (Eco, 1999: 285-290). Si la ciudad es un texto, una disposición peculiar de formas significantes, debemos tener presente que existen, por un lado, multiplicidad de lecturas simultáneas del mismo texto y, por otro lado, que históricamente los significados son extremadamente imprecisos y cambiantes. En términos de Eco, se trata de un “juego entre las formas y la historia, entre estructuras y acontecimientos, entre configuraciones físicamente estables (que pueden ser descritas objetivamente como formas significantes) y el juego variable de los acontecimientos que les confieren significados nuevos” (1999: 301).

Haciendo referencia a esta problemática Roland Barthes escribió “los significados pasan, los significantes quedan” (1993: 262), por lo que la *caza del significado* no puede ser más que un procedimiento provisional. A esta relatividad histórica de la significación debemos agregarle, en el caso del espacio, que no todos los significantes quedan y, los que perduran, muchas veces ocupan con el correr del tiempo posiciones cambiantes en las configuraciones espaciales. Así, la ciudad es, *del lado del significante*, un texto escrito y reescrito de modo continuo, un texto en constante construcción, inacabado. Y, *del lado del significado*, un texto interpretado por múltiples lectores que, simultánea o sucesivamente, le atribuyen significados siempre inestables.

Nuestras indagaciones sobre la ciudad de La Plata muestran la tensión constante entre ‘la ciudad ideal’ decimonónica, diseñada, equilibrada y cerrada, y ‘la ciudad real’ actual, fragmentada, en movimiento y abierta, casi en fuga hacia Buenos Aires. El antropólogo brasileiro José Márcio Barros ha señalado que “la planta de la ciudad es tratada no sólo por los especialistas sino también por los platenses como el primero y uno de sus más importantes patrimonios” (2005: 174; traducción propia) y el urbanista suizo Alain Garnier, por medio de la elaboración de ‘mapas cognitivos’, ha mostrado que los habitantes se han apropiado de ciertos elementos del trazado fundacional, como el cuadrado y sus límites (1992b: 21). Los resultados de nuestras indagaciones se dirigen también en una dirección similar. Diferentes actores sociales urbanos coinciden en señalar como característico de la ciudad ciertos elementos históricos (fundación), urbanísticos (planifi-

cación, diseño), monumentales (edificios públicos), ambientales (espacios verdes equidistantes) e institucionales (universidad) que recortan como 'la ciudad' al trazado fundacional (Segura, 2010b). De esta manera, más allá de las transformaciones urbanas del último siglo, se verifica cierta *persistencia de la forma* (Segura, 2009b) en la 'imagen de la ciudad' que delimita un adentro y un afuera dentro de la misma ciudad, donde corresponde a los límites fundacionales y a las diferencias urbanísticas que tales límites delimitan, marcar espacialmente la separación entre la ciudad y la no ciudad.

Las descripciones que sobre 'la ciudad' realizan los residentes de la periferia confirman esta hipótesis. Víctor⁴, migrante peruano de 40, señala que La Plata "es una de las pocas ciudades en el mundo que ha sido planificada antes de ser construida. Es una ciudad arquitectónicamente novedosa, por sus plazas, su diseño, su catedral. Es muy atractiva por eso" (Entrevista a Víctor, 2007). En la misma línea Ester, migrante boliviana de 35 años, remarca "yo la veo como ciudad histórica que tiene muchas cosas lindas, por ejemplo la catedral, todas esas cosas históricas ¿viste?" (Entrevista a Ester, 2008). De esta manera, las descripciones de 'la ciudad' remiten al trazado fundacional y a los elementos urbanos que lo caracterizan: planificación, plazas, catedral, entre otros elementos, los cuales están ausentes en el espacio barrial. Y la sensación compartida por los habitantes de Altos de San Lorenzo es que *viven afuera de la ciudad*. En los relatos obtenidos en múltiples situaciones durante el trabajo de campo aparece el eje metafórico (Silva, 2000) que opone adentro y afuera. Alberto (38 años) señala que "una cosa es el barrio y otra cosa es La Plata. La Plata como ciudad para vivir me parece una ciudad preciosa, inigualable, salvo los cordones de pobreza, los cordones que están de la 72 para este lado que es la frontera" (Entrevista a Alberto, 2008). Aurora (60 años) coincide: "Está dividido, el centro es una cosa y el barrio es otra" (Entrevista a Aurora, 2008) y Carlos (56 años) remarca la necesidad de 'abrir la ciudad', que "está encerrada entre cuatro fierros", donde 'adentro' hay de todo y 'afuera' no hay nada (Entrevista a Carlos, 2007).

4 Como es habitual, aplicando criterios éticos con vistas a preservar el anonimato de nuestros informantes, en este trabajo los nombres de las personas y de ciertos lugares han sido cambiados. Aunque algunos testimonios citados son producto de diálogos e intercambios casuales, en la mayoría de los casos los mismos se obtuvieron a través de entrevistas.

La Cárcova: topografía de un espacio barrial

En el partido de San Martín existe un centro de clases medias y altas cercano a la avenida General Paz (límite entre la ciudad de Buenos Aires y el sur de San Martín) y una periferia cuya pobreza se incrementa a medida que nos alejamos de la capital atravesando la avenida Márquez hacia el límite norte del partido, el río Reconquista. "Sacando el centro de San Martín y Ballester", describía un obrero metalúrgico, "todo el cordón está marginado; el municipio se fija en el centro, todo lo que es alrededor está abandonado" (Entrevista a José, 2006). De manera coincidente, el referente de un movimiento por la tierra señaló que "una cosa es el que vive en Malavert, Chilavert y fundamentalmente Ballester, y otra cosa es la gente que vive del otro lado de la Avenida Márquez", territorio que "tiene el 22% de la población de San Martín y en su mayoría con gravísimos problemas ocupacionales, de salud y de educación formal" (Entrevista a Pedro, 2006). La Cárcova es uno de los barrios ubicados en esa franja.

Nos interesa detenernos en los modos de representar el espacio barrial (las formas de simbolizarlo y segmentarlo), las valoraciones asociadas a tales representaciones y el conjunto de prácticas y actitudes que las mismas prescriben. Se trata de delinear cierta topografía socio-espacial al analizar cómo operan determinadas categorías en la comprensión del barrio. En esta dirección, durante el trabajo de campo fue posible identificar tres pares de oposiciones que actúan como ejes metafóricos a partir de los cuales los residentes simbolizan el espacio barrial y su relación con el entorno circundante.

El primer par corresponde a la oposición adentro-afuera. Los límites del barrio⁵ se constituyen como frontera por medio de la cual se separa el espacio barrial del entorno mayor, con lo que queda delimitado un adentro y un afuera. Al barrio se entra, del barrio se sale. Juana, una joven de 23 años, nos comentaba que "[los trabajos] son *por afuera*" y que debido

5 El espacio barrial se encuentra claramente delimitado por cuatro fronteras: la frontera exterior, que corresponde al comienzo de la planicie de inundación del río Reconquista, punto en el cual culmina el trazado cuadrangular planificado y, a la vez, punto a partir del cual se extiende La Cárcova; las fronteras laterales, que corresponden, una a las vías del ferrocarril, otra al camino de circunvalación; y la frontera interior, que corresponde a un zanjón artificial, más allá del cual se extiende un descampado hacia el río.

a que es madre soltera de tres hijos chicos y a que su madre se encuentra en un estado de salud delicado que requiere de su constante atención “no puedo salir [a buscar trabajo]” (Entrevista a Juana, 2005). Esta frontera a partir de la cual se delimitan ambos ámbitos funciona no sólo para los que ‘están adentro’, que deben hacer el esfuerzo de ‘salir’, sino también para aquellos que ‘están afuera’ y tienen motivos (fundamentalmente laborales) para ‘entrar’ al barrio. En relación con esto, si bien una vecina nos decía que “la ambulancia no quiere *entrar*” y otro que los remises “no se animan a *entrar*”, hubo un consenso generalizado en que, en comparación con otras épocas, “*entran* mucho los policías ahora”.

El segundo par corresponde a la oposición delante-detrás. El espacio barrial, a pesar de lo que una mirada rápida y distante podría suponer, no es un ámbito homogéneo. Como han mostrado diversos trabajos en espacios residenciales segregados, se multiplican las diferencias hacia el interior del espacio barrial. En este caso, *el adentro tiene un delante y un detrás, un fondo*. El delante del barrio corresponde a las únicas dos calles asfaltadas (más allá de algún pequeño tramo de algunas calles, pasajes y cortadas cercanas) que corren paralelas: Central y 1° de Mayo. Además de asfalto (muy precario y en mal estado), en esas calles predominan las casas de material, algunas de las cuales funcionan también como comercios: almacenes, ferreterías, comida al paso, panaderías, talleres mecánicos, reparación de electrodomésticos y kioscos, entre otros. En contraste con el resto del barrio, se ven varios autos. Se encuentran además en esa zona algunas iglesias evangélicas, un centro de salud y varios comedores.

A medida que uno se aleja, se introduce en lo que tanto residentes como agentes externos llaman *fondo*. Calles, pasajes y pasadizos de barro, donde no hay señales de luz eléctrica y predominan las casas y casillas de madera y chapa. Si en el ‘centro’ hay indicios de una tendencia a la disposición en cuadrícula de casas y calles (aunque no faltan los pasajes que comunican el interior con los lotes y casas que dan a la calle), en el resto del barrio la disposición es muy irregular. Predominan las actividades vinculadas al reciclado de materiales. Los carros y las carretas son omnipresentes y también se ven caballos y otros animales (gallinas, perros, patos, etc.). Ya se trate –en el menor de los casos– de tener un galpón, o de usar el patio,

el frente o la vereda, las casas y casillas son a la vez lugares donde se llevan, clasifican y depositan los productos del cirujeo (vidrios, botellas, cartones, metales) que luego serán vendidos a grandes depósitos, algunos de ellos ubicados también en *el fondo*.

Este contraste entre delante y fondo es señalado constantemente por los vecinos. Por un lado, se señala su peligrosidad. “Más para el fondo no me meto” nos decía un vecino que desde chico vive en el barrio y seguramente todos coincidirían con la percepción de Rosario que “por acá *adelante* es más tranquilo que en *el fondo*” (Entrevista a Rosario, 2005). Por otro, se señalan las peores condiciones de vida en las que se encuentran quienes allí habitan. “Vos te vas para el fondo y es peor, ¡pobre gente!”, exclama Laura, una vecina de 30 años. Es la ausencia de servicios, sintetizada en la ausencia de asfalto, la que la lleva a sostener “a la gente del fondo por ahí se le complica [la vida con la lluvia y el barro]”⁶ (Entrevista a Laura, 2005).

Por último, el tercer par corresponde a la oposición arriba-abajo y funciona como nexo entre las dos primeras, una referida a la relación entre el barrio y el entorno (adentro-afuera), la otra referida a las diferencias dentro del barrio (delante-detrás). En efecto, la oposición arriba-abajo se aplica, en un continuo, tanto a las relaciones entre barrio y entorno como a las relaciones hacia el interior del espacio barrial. El afuera está arriba, por lo tanto, entrar es bajar. “[Vivo] de la escuela para allá abajo, para *la bajada*”, nos indica una mujer mientras lleva a su hijo a la escuela y otra, llegada hace poco al barrio, señala “[estamos viviendo] en una casa que compramos acá *abajo*”. De esta manera, si entrar es bajar, salir es subir: “Allá *arriba* me dan [leche]” dice una madre refiriéndose al centro de salud Agote, ubicado sobre la avenida Márquez, en el centro de Suárez; y otra sostiene que “[las compras] las hacemos *arriba, en Suárez*”. Por último,

6 Al interior del barrio se reproducen las diferencias y los estigmas que se pueden encontrar en la relación entre el adentro y el afuera, entre el barrio y su entorno. Dos indicios. Primero, la *oposición asfalto-barro* es usada tanto para delimitar –y separar– al barrio y sus habitantes del resto del entorno (una maestra señaló que, de los más de 700 alumnos que tenía la escuela, “sólo uno es del asfalto”) como para distinguir dentro del ámbito barrial al fondo, ligado al barro. Segundo, el término *villa* es utilizado tanto por la gente de Suárez para designar al barrio como también por muchos de los habitantes del barrio para estigmatizar a sus vecinos del ‘fondo’. “¡Eh, no me dijiste vos que no te juntabas con negros villeros!” fue la recriminación que un niño del fondo lanzó a otro de adelante, quien en una de las primeras visitas al barrio nos había acompañado hasta ese lugar.

una vez adentro se puede ir descendiendo desde adelante hacia atrás, hacia el fondo. Un vecino del barrio sostiene, refiriéndose al ‘fondo’, “ahí *abajo* sí la mayoría [de la gente] se dedica al cirujeo” y, en la misma dirección, una vecina cuenta que “allá *en el bajo*, cuando llueve, sabe lo que esa pobre gente, con criaturas [sufre], lleno de agua, de barro”.

De este modo, las tres pares de oposiciones forman un sistema topográfico por medio del cual se simboliza, segmenta y otorga sentido al espacio barrial y a la relaciones con el entorno: entrar y salir, bajar y subir. Se representa el espacio barrial y se orientan las prácticas del espacio. En definitiva, se trata de un sistema que tiene su base en la experiencia del espacio y al mismo tiempo le da forma a dicha experiencia, orientando a los actores sociales en el espacio. Simultáneamente –y aquí radica su riqueza metafórica– al hablar del espacio habla también de otra cosa: simboliza las relaciones de poder y las desiguales posiciones sociales de distintos actores asociados a un determinado espacio (Segura, 2006a).

La periferia de La Plata: topografía del afuera

Vivir afuera de la ciudad es la representación –y el sentimiento– compartido entre los residentes de Altos de San Lorenzo. Simultáneamente, al igual que lo observado en La Cárcova, no se trata de un espacio homogéneo. La constatación de temporalidades (y condiciones materiales) diferenciales en el proceso de llegada y establecimiento en la periferia se traduce en una configuración socio-espacial con una *fuerte correlación entre tiempo de residencia y condiciones de vida*, que genera clivajes hacia el interior del espacio barrial (Segura, 2011). De esta manera, a la vez que en relación con ‘la ciudad’ todos viven afuera, en la cotidianidad barrial se distinguen espacios y actores que delinearán una ‘topografía del afuera’.

Al interior del espacio barrial es posible identificar un primer gran clivaje que se condensa en *la oposición entre barrio y asentamiento*, que rápidamente remite a cuestiones económicas, de procedencia, de antigüedad en la residencia e, incluso, a diferencias conductuales y morales. A la vez que señala que “la 72 es un límite” que separa el casco urbano del barrio,

Adolfo sostiene que “acá también estamos delimitados por zonas” y describe: “desde la 72 hasta la 80, 81 como máximo, y después de la 81 hasta 90. Aquellos [de 72 a 80] tienen más plata, estos [de 80 a 90] menos y los de allá al fondo no tienen nada, de la 90 para el fondo no hay nada de plata”. Para Adolfo las diferencias socioeconómicas y urbanas se corresponderían, por un lado, con los ‘rasgos físicos’ predominantes en cada sector, con presencia de los ‘descendientes de europeos’ en el espacio delimitado por 72 a 80 y con personas “de Bolivia o de Perú” en el espacio que se extiende hacia 90, hacia quienes “hay un rechazo bastante generalizado”; y, por el otro, con ‘las conductas’, ya que las personas que “viven hacia la 90 son las que tienen todo ese problema de alcoholismo y violencia familiar” (Entrevista a Adolfo, 2008). “Son distintos los barrios”, sostiene por su parte Miguel, para quien las diferencias estarían marcadas por el ‘nivel de gente’: “acá [entre 72 y 76] es un nivel más alto, allá [entre 76 y 80] es medio, y bueno, de 80 a 90 ya es bajo”. En esta última zona viven “inmigrantes que vienen del conurbano, muchos peruanos, muchos paraguayos, no hay un 10% argentino” y se encuentran ‘los focos’ de peligro, “un semillero de delinquentes” (Entrevista a Miguel, 2008).

De esta manera, ciertos límites sociales vinculados con el acceso desigual al espacio urbano son reforzados por límites simbólicos (Lamont y Molnár, 2002) que asocian de manera estable ciertos espacios físicos con un conjunto de supuestas características sociales y morales de quienes los habitan. La periferia se estructuraría en un degradé continuo desde el límite exterior de la ciudad (la avenida 72) *hacia atrás*, hacia *el fondo* (la avenida 90). El espacio barrial es percibido como un desmejoramiento continuo de las condiciones de vida desde 72 hacia 90, a la vez que dicho degradé se correlaciona con la clase (media-baja), la situación legal de los terrenos (propietario-usurpador), la procedencia (argentino-extranjero), el tiempo de residencia (antiguo-reciente), la relación con el trabajo (trabajo-plan/ayuda) y las conductas y moralidad de sus residentes. Los límites remiten a relaciones sociales, a los modos cómo las personas se clasifican e imaginan entre sí y a las formas en las que se relacionan en virtud de tales clasificaciones e imaginarios. Las configuraciones espaciales, ellas mismas objetivaciones del espacio social, en tanto adquieren evidencia dóxica, es

decir, en tanto adquieren ante “los ojos de todos aquellos que lo disfrutaban la inmutable razón de ser de los hechos de la naturaleza” (Signorelli, 1999: 57), participan de muchas maneras en la naturalización del espacio social y de las posiciones sociales de los agentes. Por esto, las oposiciones sociales objetivadas en el espacio en la forma de *barrio y asentamiento* tienden a reproducirse en el lenguaje y las prácticas como principios de visión y división (Bourdieu, 2002), categorías de percepción y clasificación de objetos, lugares y personas. En definitiva, las categorías espaciales funcionan como categorías sociales que simbolizan las posiciones de cada uno de los actores en el espacio social, vinculan tales posiciones a dimensiones morales y organizan las relaciones entre los actores en clave de *nosotros-otros*.

En términos de topografía socio-espacial, entonces, el eje adentro-afuera se complementa con otros dos ejes metafóricos. Por un lado, de manera similar a lo observado en La Cárcova, el afuera tiene un delante y un detrás, tiene un fondo. De los relatos y las prácticas de los residentes se desprende que la periferia consiste en un espacio heterogéneo, en el cual las condiciones económicas y urbanas decrecen de manera continua a medida en que nos alejamos del límite fundacional de la ciudad hacia fuera, hacia el fondo. Por el otro lado, el tercer eje metafórico identificado en los relatos de los residentes es, a diferencia de lo encontrado en La Cárcova, la oposición entre cerca y lejos, eje que establece un puente entre los otros dos. Es decir, desde el límite de la ciudad, desde los inicios del afuera, puede uno irse alejando cada vez más, hacia el fondo, a la vez que cuanto más en el fondo uno se encuentre, se estará cada vez más lejos de la ciudad y de lo que a ella se asocia.

Conjunciones y vinculaciones

A partir de lo expuesto, queda claro que los procesos de marcación y delimitación del espacio nos remiten a relaciones entre espacio y alteridad. “Circulación, muro, gueto, periferia, frontera: el vocabulario es en nuestros días espacial, pero las palabras de este vocabulario tienen todas que ver con la relación entre el sí mismo y el otro” (Augé, 1995: 98). Ahora bien, esta imagen ‘ecológica’ del espacio, donde a cada ámbito espacial le co-

rresponde una significación unívoca y se encuentra vinculado con un tipo específico de actor social, no es suficiente para pensar la dinámica urbana.

La comprensión de la desigualdad urbana requiere “ampliar el análisis tradicional de la segregación urbana tomando en cuenta las prácticas cotidianas y sus distintas esferas y espacios de intercambio e interacción, que van más allá de las áreas residenciales fijas” (Jirón, 2010: 104). En efecto, los estudios urbanos han enfatizado la posición y el estatismo, ignorando o trivializando la importancia de los movimientos cotidianos de las personas vinculados con el trabajo, la vida familiar, el ocio, la cultura, la religión y/o la política (Sheller y Urry, 2006). La pregunta por los desplazamientos no busca, sin embargo, contraponer teorías ‘sedentaristas’ de la vida social con metáforas ‘nomádicas’ o ‘líquidas’, sino analizar cómo se articulan y combinan las posiciones, las distancias y los desplazamientos en la vida urbana (Segura, 2010a), reconociendo que la movilidad es una práctica urbana clave para leer la desigualdad social y urbana (Rodríguez Vignoli, 2008; Jirón, 2009, 2010; Soldano, 2008). Entre la ‘inmovilidad forzada’ y las diversas formas de ‘movilidad obligada’ (Urry, 2002) se despliegan en la ciudad diversas formas de movilidad cotidiana.

Nos interesa, pues, identificar los límites, las marcaciones, las separaciones, pero también los modos en que los diferentes ámbitos se comunican, se relacionan. Es decir, se trata de límites y del modo en que los mismos son atravesados y, de esta manera, se ponen en relación los distintos ámbitos. Como escribió Roberto Da Matta, refiriéndose a la oposición entre la casa y la calle:

El único modo de entender correctamente este cuadro dicotómico es procurar verlo tanto en su lógica como en sus movimientos y articulaciones, pues en su dialéctica –en sus relaciones recíprocas– es donde podremos escapar al congelamiento al que con frecuencia conduce la visión formalista o taxonómica (Da Matta, 2002: 105).

Nos encontramos, entonces, ante un espacio simbolizado, dividido y clasificado, pero también ante un espacio transitado y usado que comunica, no siempre ni para todo, a las unidades previamente distinguidas: el adentro y el afuera, el arriba y el abajo, la ciudad y el barrio. Este apartado se subdivi-

de en dos secciones. En la primera abordamos la territorialidad de las prácticas urbanas en ambos espacios segregados. En la segunda nos detenemos en los sentidos asociados a tales desplazamientos, que permiten identificar distintas lógicas de circulación.

Territorialidad de las prácticas sociales urbanas

De manera complementaria a las formas de representar el espacio barrial, en el trabajo de campo buscamos conocer también la territorialidad de las prácticas sociales de los residentes de ambos espacios segregados y los sentidos asociados a tales desplazamientos. Siguiendo la propuesta de Ulf Hannerz (1986) de la ciudad como una ‘red de redes’ indagamos en la territorialidad –y los sentidos– de las prácticas involucradas en cinco dominios urbanos: aprovisionamiento, parentesco, vecindad, ocio y tránsito.

Lo primero que se desprende del análisis de la territorialidad de las prácticas urbanas en ambos casos es que el barrio no constituye un ámbito autónomo ni autosuficiente, por lo que sus residentes deben movilizarse cotidianamente para obtener un conjunto de bienes y servicios fundamentales para la reproducción de la vida. En ambos casos, también, los motivos fundamentales de estos desplazamientos se vinculan con el dominio del aprovisionamiento, que involucra el trabajo asalariado, el usufructo de bienes y servicios educativos y sanitarios, el acceso a políticas sociales. Se trata mayoritariamente de *salidas instrumentales* (Grimson, 2009): trabajar, ir al hospital, llevar a los chicos a la escuela, gestionar un subsidio.

Ante esta evidencia, en otro trabajo (Segura, 2009b) propuse la ecuación “recursos hacia afuera, vínculos hacia adentro” como una fórmula que condensaba esquemática y parcialmente la vida en barrios populares. Vida tensada entre una multiplicidad de fuerzas que empujan hacia el aislamiento y la exclusión, por un lado, y la movilidad como práctica fundamental en las estrategias implementadas para sobrevivir, por el otro. Se trata de una fórmula esquemática y parcial por dos motivos. En primer lugar, no todos los recursos para vivir se obtienen fuera del barrio ni se sale

únicamente en búsqueda de recursos. Si bien la mayor parte de los desplazamientos por la ciudad son instrumentales y suponen un gran esfuerzo en términos económicos, temporales y corporales, las prácticas (excepcionales) ligadas al consumo y al ocio y la política constituyen instancias para salir del barrio. En segundo lugar, existen variaciones tanto entre barrios como al interior de los barrios, pues según la posición social de los actores barriales analizados, la circulación, los desplazamientos y las territorialidades varían sensiblemente. De hecho, del trabajo de campo realizado surge que, para comprender los desplazamientos por la ciudad, se debe mirar la cambiante articulación entre la condición laboral, el género y la edad, entre otras dimensiones, que influyen tanto en el conocimiento de la ciudad como en las territorialidades cotidianas de cada una de las personas en la ciudad (Segura, 2012).

Las lógicas de circulación: ir y venir, entrar y salir

A la vez que en los dos espacios residenciales analizados hay un predominio de las salidas instrumentales, vinculadas con el dominio del aprovisionamiento, en términos comparativos es posible identificar diferentes lógicas de circulación (Kessler, 2004) que nos permiten cualificar la experiencia de la segregación. En La Plata, entre el adentro y el afuera de la ciudad, desde el barrio al centro o viceversa, los actores sociales *van y vienen*. Así, personas como Carlos (trabaja en la construcción) y Javier (se dedica al cartoneo) sostienen al igual que Víctor (trabaja como electricista) “voy al centro todos los días”. De la misma manera Ester, referente de un comedor barrial, reconoce que “casi siempre estoy en el centro, porque si no me muevo esto no funciona”. Por su parte, el lenguaje predominante en La Cárcova en cambio hace referencia a que los actores *entran y salen* del barrio. Rosa tiene 40 años y 9 hijos. Desde hace 15 años vive en el barrio, en una pequeña casa junto a sus cuatro hijos más pequeños, su actual pareja y dos de sus hijos. Ambos reciben el plan. Su pareja, además, es peón de albañil, trabaja ‘afuera’, habitualmente por Boulogne o San Martín, lugares a los que llega por medio del tren, la camioneta del patrón o, en su defecto,

la bicicleta. Además de salir del barrio para realizar la contraprestación en una escuela cercana, Rosa cuenta que “para lo único que salgo es para ir a la iglesia evangélica” y el resto del tiempo “estoy en mi casa”. A lo sumo “me voy a la casa de mi hermana que vive acá, a tres cuadras, o si no a lo de mis hijos, que viven enfrente”. Sus hijos mayores viven en el barrio, se han casado o juntado con gente del barrio y se dedican al cartoneo (Entrevista a Rosa, 2005).

Bourdieu (2002) ha señalado que el espacio físico, objetivado, es una simbolización (más o menos turbia) del espacio social, que de este modo tiende a ser naturalizado. La ubicación en el espacio de la ciudad y las distancias que se deben recorrer, traducirían las posiciones y las distancias sociales. Y la incorporación de las estructuras del orden social se realizaría a través de la experiencia prolongada e indefinidamente repetida de las distancias espaciales que se afirman en distancias sociales, y a través de los desplazamientos y movimientos del cuerpo que esas estructuras sociales, convertidas en estructuras espaciales, y con ello naturalizadas, organizan y califican: entrar y salir, subir y bajar, ir y venir, cerca y lejos (Bourdieu, 2002: 121). De esta manera, mientras en el caso de la periferia de La Plata, el ir y el venir remiten a un espacio relativamente más abierto y accesible, cuya variable más importante es la distancia (cercanía o lejanía), el entrar y el salir de espacios residenciales como La Cárcova aluden a un espacio cerrado sobre sí mismo: hay una entrada y a medida que nos introducimos hacia el fondo y hacia abajo las condiciones se tornan más desfavorables. La rutina de Rosa y su familia es sumamente reveladora. Ella ‘sale’ por la contraprestación, su marido por trabajo, sus hijos para obtener productos mediante el cirujeo, ya sea al CEAMSE o la Capital. Y, simultáneamente, la gran mayoría de sus vínculos se establecen en el ámbito barrial, donde se solapan las relaciones de vecindad, parentesco y afinidad. Sus vecinos son, en muchos casos, familiares, a quienes visita en su tiempo libre. Y sus hijos mayores han armado sus propias familias con personas del barrio. Y si bien hemos encontrado casos similares en la periferia de La Plata, esta tendencia a la ‘encapsulación’ (Hannerz, 1986) dentro de los límites del barrio de las redes de relaciones sociales involucradas en los dominios de parentesco, vecindad y ocio, es una experiencia mucho más generalizada en La Cárcova.

Experiencia condensada en un lenguaje espacial que enfatiza, antes que la fluidez de movimientos, el encierro y los obstáculos para desplazarse.

En términos comparativos, entonces, del trabajo de campo se desprende que en los residentes de La Cárcova la experiencia de encierro, aislamiento y separación del resto del entorno urbano es mayor que entre los residentes de la periferia de La Plata. De esta manera, barrios similares en términos de infraestructura e indicadores socio-económicos pueden estar insertos en tramas relacionales cualitativamente distintas. No podemos, en consecuencia, utilizar sólo un criterio territorial; debemos mirar las relaciones sociales, los desplazamientos espaciales y los sentidos involucrados en tales relaciones y desplazamientos.

Epílogo

Permítanme comenzar con un fragmento del cuento *Los que viven lejos*, de Liliana Heker:

En Colonia Vela, si se sigue la dirección que tomó Cristina Bonfanti el 1º de marzo, es raro encontrar a alguien: el puesto de policía, el almacén y la casa de los Mosquera quedan para el lado opuesto, yendo hacia las vías; pero las otras casas, le dijeron, están más lejos y para allá.

[...]

Chicos había, lo dijo el vigilante; y el señor Mosquera también.

—Chicos hay, señorita —dijo—; lo que pasa es que a estos animales les importa bien poco la instrucción de sus hijos. Si se descuida no hay más que dos que le sepan leer el cartel —y el señor Mosquera extendió su dedo grueso y autoritario hacia el cartel donde, desde hacía siete días, era posible leer que el lunes 2 de marzo comenzaban las clases.

—Le colocamos un cartelito, sabe —había dicho el secretario del Consejo—; pero ni va a hacer falta, ya he ido a todos los hogares.

La frase que dijo después: ‘Tiene que haber más de quince alumnos, claro, si no se cierra la escuela’, no fue un problema hasta que transcurrió casi una semana sin que se hubiera inscrito más que Isabel Mosquera.

[...]

Va a haber que hacer algo, señorita, dijo el hombre. Sí, por supuesto, señor Mosquera; si estuviera en mis manos... Está en sus manos, m'hijita; puede que a usted le hagan caso: al fin y al cabo es la maestra. Vaya a las casas y hablelés, no la van a comer; y metalés lo del asunto de la instrucción a ver si los ablanda. Eso sí; no se me vaya más allá del Estanque Grande: no es lugar para mujer sola. Pero de este lado de acá va a pescar bastantes.

[...]

Pero aún contándolo, pensó mientras dejaba atrás la casa de los Boyero, *siguen faltando cinco*.

Cruzó el Estanque Grande.

Después, cuando el tiempo continuó transcurriendo, esa zona volvió a ser el territorio de los que viven lejos, y ella no lograba recordarla con nitidez. Solo veía una tierra confusa e intrincada donde, quizá, la gente vivía de algún modo inconfesable y mejor no pensar en eso. Como si el mundo estuviera cortado en dos por el Estanque Grande y nosotros, los de este lado, los del lado de la escuela y el puesto de policía y las propiedades de los Mosquera y las vías y la casa de Graciana Franta y el rancho de Francisco Viancaba y el molino, no tuviésemos por qué pensar en eso (Heker, 2001: 53-57).

En el trabajo de campo es más que habitual encontrarse con estos 'relatos de espacio', como bellamente los llamó Michel de Certeau (2000): el señalamiento de hitos como el puesto de policía, el almacén y la casa de los Mosquera, la marcación de límites como las vías y el Estanque Grande, las clasificaciones y distinciones entre los de acá y los de allá, y la delimitación (y muchas veces estigmatización) de esos 'espacios otros', que están más lejos y para allá. Relatos donde se combinan de maneras cambiantes descripciones tipo mapa, donde predominan el 'hay' y el 'ver', y descripciones tipo recorrido, donde prevalece el 'ir' y 'el hacer' que, más allá de sus diferencias, permiten inferir cierto orden o configuración del espacio no necesariamente perceptible para un observador ajeno o exterior. En efecto, solo para quienes residen en Colonia Vela, el Estanque Grande es un hito o una frontera que les señala que el mundo está cortado en dos y que ambas porciones, que el Estanque Grande delimita, se corresponden con dos tipos de agrupamientos: los que viven de un lado y los que viven del otro, nosotros y los otros, que se vinculan de maneras específicas. Y lo

mismo sucede –como sugiero en este artículo– con los adentros, los afueras y los fondos de La Plata y La Cárcova, los lejos de la primera, los abajos de la segunda.

Estos relatos cuestionan las descripciones externas de los lugares donde desarrollamos nuestra investigación. Lo que podemos imaginar que presentaba la maestra rural del cuento como un simple pueblo, gana a través del relato de sus residentes en distinciones, clivajes y distancias. Gana en densidades y en profundidades. De una llanura más o menos gris, emergen distinciones, bajos y altos, cercanías y lejanías... Se condensa tiempo, el espacio acumula usos, marcas, sentidos e historias. Se trata del resultado del lento proceso de habitar un espacio y tornarlo un lugar: marcarlo, recorralo, simbolizarlo, atribuirle sentidos. En efecto, como señalaron Duhau y Giglia (2008), habitar remite al proceso de significación, uso y apropiación del entorno realizado a través del tiempo, a partir de un conjunto de prácticas y representaciones que les permiten a los actores colocarse dentro de un orden espacio-temporal.

En este sentido, la idea de delinear topografías socio-espaciales a partir de los relatos y las prácticas de los residentes en espacios segregados como la periferia de La Plata y La Cárcova buscó describir y problematizar la simbolización del espacio como un proceso (y un producto) que, a la vez que permite a los actores sociales establecer relaciones estables con el entorno y orientar sus prácticas en el espacio, habla de las relaciones de poder y de las desiguales posiciones sociales de los distintos actores asociados a un determinado espacio. De manera análoga a la casa kabila, analizada por Pierre Bourdieu, consideramos que oposiciones como adentro-afuera, arriba-abajo, delante-detrás o cerca-lejos "jamás deben toda su necesidad a los imperativos técnicos" (Bourdieu, 2007: 421), como el hecho innegable de que La Cárcova esté topográficamente más abajo que el resto de José León Suárez o que los barrios de la periferia estén ubicados lejos del centro de la ciudad de La Plata. No se trata únicamente de señalar que, en el proceso tempo-espacial de habitar, los actores (re) producen una determinada configuración del espacio; el trabajo de campo nos indica que, simultáneamente, la simbolización del espacio es un terreno propicio para pensar las relaciones sociales (y, por ende, de poder) entre aquellos que

cotidianamente (re) producen dicha configuración.

Además, por su carácter contextual y específico, contra cualquier ilusión de estar en presencia de una clave de lectura unívoca que tornaría transparente las relaciones entre espacio construido y estructura social, vale la pena enfatizar que no estamos ante un lenguaje universal, una gramática espacial autónoma de las prácticas sociales. Al contrario, categorías y oposiciones idénticas funcionan y significan cosas distintas, según los contextos sociales en las que son desplegadas y puestas en juego por actores social y espacialmente situados. Es precisamente por este carácter práctico y contextual del proceso de simbolización y uso del espacio, que se torna valiosa la comparación entre campos etnográficos distintos. En esta dirección, el ejercicio comparativo de los modos en que los residentes de La Cárcova y la periferia de La Plata simbolizaban, segmentaban y clasificaban el espacio, por un lado, y establecían vínculos entre las partes, por el otro, posibilitó identificar variaciones en las prácticas y los sentidos involucrados en la experiencia de segregación de cada uno de los casos.

En síntesis, consideramos que la indagación en las maneras en que en la vida cotidiana se ‘separan y ligan’ espacios urbanos, dominios de actividad y actores sociales, es una vía productiva para conocer la experiencia urbana, resultado de articulaciones específicas entre posiciones, desplazamientos y relaciones sociales y espaciales.

Bibliografía

- Augé, Marc (1995). *El sentido de los otros*. Barcelona: Paidós.
- Barros, José Márcio (2005). *Cultura e Comunicação nas avenidas de contorno em Belo Horizonte e La Plata*. Belo Horizonte: Editora PUCMINAS.
- Barthes, Roland (1993). *La aventura semiológica*. Buenos Aires: Paidós.
- Bourdieu, Pierre (2002). “Efecto de lugar”. En *La Miseria del Mundo*. Pierre Bourdieu (Dir.): 119-124. México: FCE.
- Bourdieu, Pierre (2007). *El sentido práctico*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Da Matta, Roberto (2002). *Carnavales, malandros y héroes*. México: FCE.

- De Almeida, Ronaldo, Tiarajú D’ Andrea y Daniel De Lucca (2008). “Situações periféricas. Etnografía comparada de pobreza urbanas”. *Novos Estudos*, N° 82: 109-130.
- De Certeau, Michel (2000). *La invención de lo cotidiano I*. México: ITESO.
- Duhau, Emilio y Giglia, Ángela Giglia (2008). *Las reglas del orden. Habitar la metrópoli*. México: Siglo XXI.
- Durkheim, Émile y Marcel Mauss (1996). “Sobre algunas formas primitivas de la clasificación”. En *Clasificaciones primitivas (y otros ensayos de antropología positiva)*: 23-103. Barcelona: Ariel.
- Eco, Umberto (1999). *La estructura ausente. Introducción a la semiótica*. Barcelona: Lumen.
- Evans-Pritchard, Evan (1997). *Los nuer*. Barcelona: Anagrama.
- Garnier, Alain (1992a). *El cuadrado roto. Sueños y realidades de La Plata*. La Plata: LINTA, CIC y Municipalidad de La Plata.
- Garnier, Alain (1992b). “Los espacios públicos de La Plata: de la tradición a la modernidad”. En *La Plata: de la ciudad antigua a la ciudad nueva*. La Plata: LINTA, CIC y Municipalidad de La Plata.
- Grimson, Alejandro (2009). “Introducción: clasificaciones espaciales y territorialización de la política en Buenos Aires”. En *La vida política en los barrios populares de Buenos Aires*, Alejandro Grimson, Cecilia Ferraudi Curto y Ramiro Segura (Comps.): 11-38. Buenos Aires: Prometeo.
- Hannerz, Ulf (1986). *La exploración de la ciudad. Hacia una antropología urbana*. Buenos Aires: FCE.
- Harvey, David (1998). *La condición de la posmodernidad*. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- Harvey, David (2007). *Urbanismo y desigualdad social*. Madrid: Siglo XXI.
- Heker, Liliana (2001). *Los bordes de lo real*. Buenos Aires: Alfaguara.
- Jirón, Paola (2009). “Prácticas de Movilidad Cotidiana Urbana: Un Análisis para Revelar Desigualdades en la Ciudad”. En *Espacios, Prácticas y Cultura Urbana*, Manuel Tironi y Fernando Pérez (Comp.): 176-189. Santiago de Chile: ARQ Ediciones.
- Jirón, Paola (2010). “Posibilidades de Socialización e Integración: La movilidad en Santiago de Chile”. En *Mutaciones de lo colectivo: Desafíos de*

- Integración*. Actas de la tercera escuela Chile-Francia: 103-122. Casa Central de la Universidad de Chile.
- Kessler, Gabriel (2004). *Sociología del delito amateur*. Buenos Aires: Paidós.
- Kuper, Hilda (2003). "The Language of Sites in the Politics of Space". En *The Anthropology of Space and Place*, Setha Low y Denise Lawrence-Zúñiga (Org.): 247-263. Oxford: Blackwell Publishing.
- Lamont, Michèle y Virág Molnár (2002). "The study of boundaries in the social sciences". *Annual review of Sociology*. N° 28: 167-195.
- Lévi-Strauss, Claude (1997). *El pensamiento salvaje*. México: FCE.
- Mongin, Oliver (2006). *La condición urbana*. Buenos Aires: Paidós.
- Rodríguez Vignoli, Jorge (2008). "Movilidad cotidiana, desigualdad social y segregación residencial en cuatro metrópolis de América Latina". *EURE*. Vol. 34, N° 103: 49-71.
- Segura, Ramiro (2006a). "Segregación residencial, fronteras urbanas y movilidad territorial. Un acercamiento etnográfico". *Cuadernos del IDES*, N° 9.
- Segura, Ramiro (2009a). "Si vas a venir a una villa, loco, entrá de otra forma. Distancias sociales, límites espaciales y efectos de lugar en un barrio segregado del gran Buenos Aires". En *La vida política en los barrios populares de Buenos Aires*, Alejandro Grimson, Cecilia Ferraudi Curto y Ramiro Segura (Comps.): 41-62. Buenos Aires: Prometeo.
- Segura, Ramiro (2009b). "La persistencia de la forma (y sus omisiones). Un estudio del espacio urbano de La Plata a través de sus ciudades análogas". *Cuadernos de Antropología Social* 30: 173-197.
- Segura, Ramiro (2010a). "Representar. Habitar. Transitar. Una antropología de la experiencia urbana en la ciudad de La Plata". Tesis Doctoral, Universidad Nacional de General Sarmiento – Instituto de Desarrollo Económico y Social.
- Segura, Ramiro (2010b). "Cartografías discrepantes. La ciudad de La Plata vista y vivida desde la periferia". *Revista Periferia* Vol. 2, N° 1.
- Segura, Ramiro (2011). "La trama relacional de la periferia urbana en la ciudad de La Plata. La figuración establecidos-outsiders revisitada". *Revista Publicar en Antropología y Ciencias Sociales*. Año IX, N° X: 85-106.

- Segura, Ramiro (2012). "Elementos para una crítica de la noción de segregación residencial socio-económica: desigualdades, desplazamientos e interacciones en el periferia de La Plata". *Quid* 16. No. 2: 106-132.
- Sennett, Richard (1990). "Las ciudades norteamericanas: planta ortogonal y ética protestante". *RICS, Revista Internacional de Ciencias Sociales* 125: 281-299. Unesco.
- Sheller, Mimi y John Urry (2006). "The new mobilities paradigm". *Environment and Planning* Vol. 38: 207-226.
- Signorelli, Amalia (1999). *Antropología urbana*. México: ANTHROPOS.
- Silva, Armando (2000). *Imaginario urbanos*. Bogotá: Tercer Mundo Editores.
- Simmel, Georg (1998). "Puente y puerta" En *El individuo y la libertad. Ensayos de crítica de la cultura*: 45-53. Barcelona: Península.
- Soldano, Daniela (2008). "Relegación, desplazamiento, conflicto. Notas para pensar la cuestión social urbana en la Argentina contemporánea". *Apuntes de Investigación del CECYP* 13: 201-211.
- Urry, John (2002). "Mobility and Proximity". *Sociology* Vol. 36, n° 2: 255-274.